



Serena Williams

GERALD MARZORATI

GERALD MARZORATI

Serena Williams

Serena Williams

Título original: *Seeing Serena*

DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

geoPlaneta

© Editorial Planeta, S.A., 2021

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.com – www.geoplaneta.es

1ª edición en español: junio del 2021

© Traducción: Esther Cruz, Raquel García Ulldemolins, 2021

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

© Gerald Marzorati, 2021

Esta edición ha sido publicada de mutuo acuerdo con Scribner, una división de Simon & Schuster, Inc. Todos los derechos reservados.

© Fotografía de cubierta: © Elsa/Getty Images

Diseño de cubierta: Math Monahan

ISBN: 978-84-08-24321-2

Depósito legal: B. 4.363-2021

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Introducción.....	13
Capítulo 1. Melbourne.....	17
Capítulo 2. Indian Wells.....	69
Capítulo 3. Miami.....	93
Capítulo 4. Roma.....	113
Capítulo 5. París.....	123
Capítulo 6. Wimbledon.....	145
Capítulo 7. Nueva York.....	175
Epílogo.....	213
Agradecimientos.....	219
Notas.....	221

Capítulo 1

MELBOURNE

1

Serena Williams esperaba, impaciente por empezar. Se ajustaba una y otra vez sus enormes auriculares Beats by Dre. Era importante relajarse y crucial concentrarse. Estiró, echando la mano derecha hacia atrás para sujetarse el pie derecho, arqueando y levantando la pierna atrás, mientras que con el brazo izquierdo empujaba hacia delante todo lo que podía. Es un estiramiento común en el tenis, sirve para calentar los cuádriceps y las ingles. En yoga es una postura de equilibrio, la del señor de la danza, Natarajasana. Se describe como «bailar permaneciendo quieto» y se entiende que personifica y transmite a su practicante la sabia noción de cambiar mientras se permanece inmutable. Esa es una forma de ver a Serena Williams.

Serena estaba de vuelta en un túnel, en alguna parte del Rod Laver Arena, el principal escenario del Open de Australia. Este torneo, que se celebra cada año en Melbourne a finales de enero, es el primero de los cuatro *majors* que forman el Grand Slam del calendario tenístico anual. Las dos últimas semanas de enero es pleno verano en Melbourne, con tardes calurosas que terminan en espectaculares puestas de sol sobre las nueve. Las calles del este del centro de Melbourne que yo recorría cada mañana de camino a Melbourne Park y «al tenis» eran de estilo victoriano: casas adosadas y plazas pulcras con césped y rosales impecables. Los residentes parecían haber interiorizado muy bien el entusiasmo victoriano por el deporte. Montaban en bici, salían a correr y practicaban otros deportes; llenaban los periódicos y webs de noticias con temas deportivos; asistían en masa al Melbourne Park para ver tenis.

Además de por sus tardes cálidas y su buen ambiente, el Open de Australia es conocido por su empeño en realzar lo que se conoce como la *fan experience*; y por eso podía ver a Serena estirando. Aparecía, tranquila y pixelada, en las dos pantallas gigantes de los dos extremos de la pista, con un aforo de 14 800 asientos. Hacía poco se habían instalado cámaras en varios puntos de las salas y pasillos que van de los vestuarios a la pista Laver. Williams estaba allí dentro, relajándose y mentalizándose para el partido. La idea, según los responsables del torneo, era que el público que había pagado entrada pudiera curiosear entre bastidores para captar, gracias a las *jumbotrons*, una imagen espontánea de su jugadora favorita. Desde los años sesenta, la televisión ha transformado el mundo del deporte, convirtiendo los partidos en un espectáculo, y quizá la mejor prueba de la magnitud de esa transformación es que ahora quienes asisten a un partido en directo pasan mucho tiempo mirando una pantalla.

Pero ¿qué había entre bastidores para Serena Williams? Tenía más de 10 millones de seguidores en Instagram que cada día o casi cada día la veían entrenar, descansar junto a su marido, jugar con su hija, preparar los tacos que se iba a comer el domingo... Y esas imágenes no tenían nada de espontáneo. Eran representaciones. Casi todo en Instagram era una representación: la extensión de un yo fabricado e idealizado, una transmisión de la marca. Y eso, en esencia, es lo que captaban las nuevas cámaras de camino a la pista del Rod Laver Arena. Seguro que Williams lo sabía. Y sabía cómo seducir a las cámaras. En una soleada tarde de verano, Serena Williams hacía sus estiramientos en enormes pantallas enfundada en lo que parecía una elegante gabardina negra. La gente sentada a mi alrededor junto a la pista, sobre todo las mujeres, estaba asombrada y admirada.

Williams estaba encantada con su imagen y todo lo que evocaba: misterio, inaccesibilidad, fascinación, control, exotismo, glamour, poder. Estaba todo ahí, si uno le dedicaba el tiempo que yo le dediqué: en las entrevistas que concedía, en las sesiones de fotos de moda para las que posaba, en los *post* que subía a Instagram, en su forma de entrar en una sala llena de periodistas, en su manera de entrar en una pista de tenis y ponerse a jugar. Es-

peraba que la miraran. ¿Y qué estrella del deporte contemporánea, qué celebridad global, no lo espera? El psicoterapeuta y ensayista británico Adam Phillips ha escrito: «Buscamos atención casi sin entender qué tipo de atención buscamos y qué hay en nosotros que necesitamos atender». Quizá para Williams eso tenía que ver con crecer junto a cuatro hermanas mayores siempre pendientes de la ropa que vestía y cómo se peinaba. Quizá porque, pese a que sus padres la moldearon desde los 4 años para convertirla en una campeona del tenis, ella quería ser estrella de cine. Quizá porque aprendió a jugar al tenis en pistas públicas llenas de cristales rotos en el sur de Los Ángeles, donde los chavales que iban a jugar al baloncesto o a comprar droga la miraban raro. Quizá porque pasó mucho tiempo, de niña y adolescente (en la pista de tenis y en los medios) a la sombra de su hermana Venus, 15 meses mayor que ella y más reservada. Venus fue la primera que tuvo que lidiar con la atención y la disrupción racial y social que suponía ser una chica prodigio negra del tenis; y lidió con ello convirtiéndose en una persona aún más reservada. Quizá tanta preocupación por su imagen tenía que ver con que Serena se creía fea, o atractiva. Había declarado ambas cosas, en un momento u otro.

Serena Williams contestaba preguntas sobre sí misma desde que era una preadolescente, una época en la que ya llamaba mucho la atención: era todo un personaje antes de que pudiera considerarse una persona formada. En octubre de 1995 el *New York Times* envió un reportero a un torneo anodino en Canadá porque Serena, con 14 años entonces, iba a jugar su primer partido profesional allí. Perdió de forma torpe. Su contrincante, Annie Miller, de 18 años, declaró luego: «Supongo que he jugado contra una famosa». En el transcurso de los años Williams ha dicho de todo ante periodistas y cámaras de televisión, sobre quién es y sobre su aspecto. No siempre está claro qué piensa o cree; si es que en cada momento sabe de verdad lo que piensa o cree, o si quiere contar a la prensa lo que realmente piensa o cree. ¿Ha dicho cosas que, en el momento, pensaba o creía? ¿O ha dicho cosas —y esa es una tentación para todo personaje público— para construir la imagen que ha querido proyectar? Todo esto también resulta muy cautivador, si uno se para a pensarlo un poco.

Que fuera negra en lo que todavía era un deporte de chicas blancas; que fuera corpulenta y musculada como ninguna otra tenista del circuito lo ha sido jamás; que llegara al tenis desde un lugar del que no llegaba nadie, Compton, conocido a nivel nacional y mundial durante su niñez por las disputas territoriales entre los Bloods y los Crips, por su índice de asesinatos y su *gangsta rap*; que al principio solo la entrenaran su padre y su madre, que nunca jugaron al tenis pero aprendieron a base de libros y vídeos para poder enseñar a jugar a sus hijas... Por todo eso Serena, como su hermana Venus antes que ella, iba a ser cuestionada, escudriñada, interpretada. Y desde el principio Serena parecía contar con una gran intuición al respecto. Al jugar contra blancas ante un público blanco en un deporte sujeto a tradiciones anquilosadas, asumió su rol de extraña, la otredad orgullosa y sumamente dotada (algo que complicaba la postura de sus detractores), abanderando una transformación. No gastaba energía en intentar encajar; los primeros años como tenistas ella y su hermana iban casi siempre a lo suyo. En la pista y fuera de ella, con la prensa, Serena emanaba fuerza y seguridad, exuberancia emocional: si iba a llamar la atención, lo haría como sujeto, no como objeto. Buscó su sitio y luchó por conseguirlo, sin concesiones, sin querer gustar, pero abriendo un hueco —un hueco cultural— para quien ella era exactamente. Sabía hacer notar su presencia y convertir su otredad en algo electrizante. ¿Y la gabardina negra que llevaba esa tarde de enero en Melbourne? Eso no fue nada: cuando el partido estaba a punto de empezar, se la quitó y mostró que iba a jugar con un traje al estilo *pinup* de los años cincuenta, un mono corto de color verde claro y medias de rejilla negras. Otra ola de admiración recorrió la pista.

Aquel partido de primera ronda era el primer partido oficial del año para Williams. En el cuadro principal de individuales del Open de Australia entraron 128 jugadoras, como en todos los torneos de Grand Slam; los cuatro más prestigiosos, lucrativos y, en cuanto al *ranking* de puntos, los más importantes del calendario: 2000 puntos para la ganadora, 500 más que por ganar la final del torneo de la Women's Tennis Association (WTA) y el doble de lo que se llevaba la ganadora del torneo más importante fuera del Grand Slam. El *ranking* de una tenista en la WTA afecta a los con-

tratos con patrocinadores, a la atención de la prensa y a los egos jóvenes y frágiles; pero de forma más tangible afecta a la clasificación en los emparejamientos de los torneos: el calibre de la contrincante y el momento en el que se va a jugar contra ella a lo largo de un torneo. Para un Grand Slam solo se clasifican una cuarta parte de las jugadoras, una de cada 32, en función de su posición en el *ranking* de la WTA, exclusivamente; y esas jugadoras se reparten con precisión por el cuadro para que las mejores no se enfrenten entre sí antes, como muy pronto, de la tercera ronda, al final de la primera semana de un torneo de quince días.

En la primera ronda las cabezas de serie se enfrentan a contrincantes clasificadas en los puestos n.º 50, 84 o 103 del *ranking*: principiantes apuradas, veteranas de capa caída, eternas segundas... Williams era la cabeza de serie n.º 13, posición que correspondía a su *ranking* de entonces de la WTA. Su oponente en primera ronda, Tatjana Maria, era una alemana de 31 años que solo había ganado un título de individuales en todo el tiempo que llevaba en el circuito de la WTA, cuya mejor clasificación en toda su carrera era el puesto n.º 46 y que no era cabeza de serie. El primer set duró dieciocho minutos, e incluso se hizo más corto. Maria no ganó ni un solo juego. Williams se llevó el partido 6-0, 6-2, limitándose a servir y restar, devastadora. Salió a pista y regresó al vestuario en menos de una hora.

Después Maria comentó que ella y Williams eran vecinas en Florida, en una urbanización privada de Palm Beach Gardens, donde Williams llevaba viviendo la mayor parte de su vida adulta; primero en una casa de 900 m² que compartió con su hermana Venus y después en su propio hogar, una de las varias casas y apartamentos —en Florida, Los Ángeles, París y otras ciudades— que compartía con su marido, el emprendedor tecnológico Alexis Ohanian y la pequeña hija de ambos, Alexis Olympia Ohanian Jr., a la que sus padres llamaban Olympia. Tenistas —mujeres y hombres— de todo el mundo fijaban su residencia en Florida, Montecarlo o Dubái por el clima y por una fiscalidad favorable, y ese era el caso de la urbanización donde vivían Maria y Williams.

Maria comentó que nunca habían jugado juntas al tenis para divertirse, como vecinas. Sí que compartieron alguna barbacoa

y sus hijas habían jugado juntas un par de veces. Ambas tenistas pasaban poco tiempo en casa, su temporada iba de enero a noviembre. Para Serena, grandes espectáculos como el de la Rod Laver Arena eran como «su segunda casa», según Maria. Se refería a la familiaridad y el confort que Williams sentía ante un público numeroso, un público que aquella tarde animaba a Williams. Maria también se refería a que Williams sabía bien cómo jugar sobre una superficie dura como la del Rod Laver Arena; había jugado y entrenado allí un montón de veces. Maria, nunca (en su dilatada carrera, Williams ha ganado el Open de Australia en siete ocasiones; Maria no lo ha ganado nunca). Maria pensaba en voz alta, como tantas otras tenistas que se ven arrolladas en un partido, diciéndose a sí misma que el resultado podría haber sido otro en otra pista, cualquier otro día. El atractivo del deporte es que ofrece un espectáculo real, pero eso no impide que quien juega albergue ilusiones.

2

Serena Jameka Williams tenía 37 años cuando empezó la temporada 2019 y llevaba más de veintitrés como tenista profesional. Durante 319 semanas de aquellos años había sido la n.º 1, y habría seguido en ese puesto muchas más semanas si hubiera decidido jugar el mismo número de torneos que la mayoría de las tenistas, en lugar de tomarse descansos para dedicarse a sus intereses extradeportivos y, con el tiempo, para no desgastarse a medida que iba cumpliendo años. Tenía veintitrés títulos de Grand Slam, estaba a uno del récord de la australiana Margaret Court. Era difícil encontrar a alguien que afirmara que Margaret Court, gran tenista, era mejor que Serena Williams. Margaret Court ganó casi todos sus títulos *majors* en el Open de Australia cuando algunas de las mejores tenistas europeas y estadounidenses descartaban el torneo por su lejanía, y también porque durante muchos años se celebró en diciembre, en fechas próximas a las vacaciones navideñas. Aún así, empatar y superar el récord de Court era importante para Williams: era la razón por la cual seguía jugando al tenis a los 37 años (entre las mejores tenistas del momento en individuales, la única mayor que Serena era su hermana Venus).

A finales del 2018 Williams llevaba ganados casi 90 millones de dólares en premios, más que cualquier otra mujer en cualquier otro deporte, y más del doble que su hermana Venus, la segunda mujer que más dinero había ganado de todas las épocas entre las jugadoras activas del circuito WTA. Los ingresos netos de Serena, que incluían, además de los premios en metálico, activos inmobiliarios, recuperaciones de inversiones y acuerdos con patrocinadores gestionados por su agente de toda la vida, Jill Smoller, rondaban, según la revista *Forbes*, los 225 millones de dólares (en 1990, Zina Garrison, una tenista estadounidense negra que fue n.º 4 del mundo, no consiguió más que el patrocinio de una marca de zapatillas deportivas). Más allá del dinero, Williams dominó el deporte en su época como ninguna otra mujer lo ha hecho en este siglo (solo la esquiadora alpina de récord Lindsey Vonn, en su mejor momento, y la extraordinaria joven gimnasta Simone Biles estaban a su altura). Además, con su potencia —y no solo— Williams cambió la manera de jugar del tenis femenino y, lo que es más, como multicampeona animó a muchas chicas a jugar al tenis; chicas que nunca habrían empuñado una raqueta de no ser porque Serena las inspiró con su ejemplo. Y finalmente estaban su reconocimiento y su fama. En Estados Unidos solo dos atletas, el golfista Tiger Woods y el *quarterback* de la NFL Tom Brady despertaron, en su época, tanto interés entre el público; y su *Q-Score* —el valor que mide la familiaridad y el atractivo de una marca o un individuo desde el punto de vista del *marketing*— estaba por encima de la media entre los estadounidenses de todas las clases y edades. Además alcanzó el estrellato deportivo mundial como ninguna otra mujer antes que ella (y ningún *quarterback* de la NFL). Con el Open de Australia ya en marcha, ESPN elaboró una lista de los atletas más famosos del mundo a partir de tres baremos para medir su popularidad a nivel global: con qué frecuencia se buscaba en internet el nombre del atleta, cuánto dinero generaba promocionando productos y su número de seguidores en redes sociales. Williams ocupó el puesto 17 de la lista —las estrellas del fútbol copaban las primeras posiciones— y era la única mujer entre los 25 primeros puestos. Era, en resumen, la mejor jugadora de la historia del tenis femenino y la atleta más famosa de todas las épocas.

Y también era algo o alguien más que eso. Williams cumplió la treintena en un momento en el que ser negra y mujer, sobre todo si además era rica y famosa, empezaba a ser una combinación muy estimulante. Michele Obama, Beyoncé y Rihanna; Stacey Abrams como candidata a gobernadora de Georgia y Kamala Harris como candidata a la nominación presidencial demócrata (escogida después por Joe Biden como candidata a la vicepresidencia de EE UU en la carrera electoral y, desde noviembre del 2020, la primera mujer, y la primera mujer de color, vicepresidenta del país); la continuada presencia en televisión de Oprah, las mujeres de color en *The View*, y la eclosión de Shonda Rhimes como prolífica productora audiovisual; la gran cantidad de novelas escritas por mujeres de color que, de repente, se publicaban y se leían... Las mujeres negras tenían un espacio y una voz en Estados Unidos que nunca antes habían tenido. Y Williams surgió en aquel momento, su momento. Y con sus logros y su fama también colaboró a dar forma a aquella época. Los esfuerzos y éxitos de estas mujeres no fueron fáciles, tuvieron que trabajar duro para triunfar. Entre las cosas que dividen Estados Unidos en la segunda década del siglo XXI, la aparición de mujeres negras poderosas, mujeres que no permiten que se las aparte de sus propias vidas, es uno de los grandes temas de disputa, aunque no siempre se admita. Hay quien teme a esas mujeres, quien las odia; hombres blancos, en su mayoría. Y las odian por ser mujeres negras formidables.

La sensación de saberse temida y de no gustar puede reforzarle a una la idea de que ve las cosas con más claridad que la mayoría, lo cual, a su vez, si se expresa, puede dotarla de un discurso que la gente quiera escuchar. A finales del 2018 Michelle Obama fue elegida la mujer más admirada de Estados Unidos y su libro de memorias, *Mi historia*, vendió más ejemplares que cualquier otra biografía existente. La gente se sentía atraída por Michelle Obama, por su historia de superación y de triunfo. Y lo mismo podía decirse de Serena.

Williams formaba parte de aquel momento de Estados Unidos, era un factor modelando el país; y el momento, a su vez, impulsaba la creciente figura de Williams más allá de la pista de tenis. No solo importaban sus triunfos en el Grand Slam, tam-

bién la especial particularidad de su persona, una particularidad que ella, por su modo de abrazar la fama, evidenciaba ante millones de personas. Era el personaje con el que luchaba —en la pista, en televisión, en redes sociales—, pero del que no quería desprenderse. Su ascenso en la cultura popular favorecía un mayor interés y un mayor recelo ante quienes podían parecerse a ella, quienes procedían del mismo sitio que ella, quienes exhibían su misma valentía, quienes sufrían los mismos desengaños y cortes, quienes molestaban y enardecían como ella, quienes se imponían como ella, se rebelaban o rabiaban como ella. Que fuera capaz de sortear todo aquello seguramente hizo que otros pensarán: «Si ella puede, yo también»; y no es que pudieran, pero ese no es el tipo de trato que uno tiene con sus referentes culturales. En eso se había convertido, en una referente cultural. No ofrecía mayor cercanía que, pongamos por ejemplo, Beyoncé; pero los referentes culturales encarnan significados, condensan historias, representan situaciones. Mujeres negras, blancas, chicas de todas las edades, y bastantes hombres buscaban en Serena Williams un sentido, una dirección, una autoafirmación, consuelo, inspiración.

Todo esto la convirtió en uno de los personajes más fascinantes de su época y en una de las mujeres más famosas del planeta: Serena. Williams siempre había hablado a conciencia sobre las mujeres negras que la precedieron en el mundo del tenis, como Althea Gibson y Zina Garrison, y de las pioneras feministas de ese deporte, como Billie Jean King; y las consideraba heroínas. Pero ella era algo más, era una deportista sin precedentes. Podía decirse que se había convertido en la atleta estadounidense más relevante desde Muhammad Ali. No tenía ni tendría la postura política, audaz y directa de Ali; porque la educaron como testigo de Jehová y, por lo que parecía, seguía fiel a los dogmas de su religión, incluida la prohibición, derivada de su particular lectura de los Evangelios, de votar o participar a través de acciones o declaraciones en un cambio de gobierno o de su política. Nunca protestó ante una guerra o prestó su nombre a la lucha contra leyes que limitaban la libertad, la seguridad o el progreso de las mujeres u otras minorías. Pero cabe recordar que Muhammad Ali golpeaba a su primera esposa según la

ropa que ella decidía ponerse, y creía, según su fe como seguidor de Elijah Muhammad y su Nación del Islam, que las mujeres debían silencio y obediencia a los hombres. No puede estar más claro lo que Serena pensaría de algo así. Saberse respetada, poderosa y libre para expresarse como quería son los principios que encarnaba, siempre lo han sido. Y aquello, en el 2019, era una postura política; una postura con la que se la identificó de forma plena y contundente. Para Serena Williams, lo personal, si tan solo era personal, era político. Y eso también encajaba en aquel momento, un momento en el que las políticas identitarias y los temas de género ocupaban el primer plano. «Siento que, con mi plataforma, con las cosas que hago, los distintos foros en los que participo, realmente hablamos de igualdad, de igualdad de género, igualdad de roles, igualdad de salario y de lo importante que es todo eso», me dijo una tarde en Melbourne, cuando le pregunté cómo se veía a sí misma como personaje público. Williams no tenía un trabajo importante, pero en realidad era como una nueva especie de política pop, con una fiel legión de seguidores que la mayoría de políticos envidiarían.

3

¿Iba a durar todo aquello? La excelencia deportiva es muy perecedera; y con ella, la atención. Observar la grandeza en el deporte es dejarse seducir por una promesa, su trascendencia, y después el declive, y después la seducción desaparece. Para un atleta, esto no es algo fácil de asumir, y para Williams, que se había enfrentado a tantos retos, esa era la sombra más amenazante de todas: adoraba la fama y la atención que conlleva, pero siempre era muy cuidadosa, como suelen serlo las celebridades. A lo largo de los años en algunas ocasiones declaró estar cansada del tenis, de la exigencia del deporte, pero siempre encontraba una forma de volver a él. Era muy buena, y no es fácil dejar algo cuando se te da tan y tan bien. Además, le gustaba competir, lo cual significa —y esto es algo difícil de comprender para los que no somos atletas, por no decir grandes atletas— exponerse a la posibilidad de perder. Odiaba perder, lo odiaba profundamente. Necesitaba saber qué se siente al perder, cómo

afectaría a su autoestima, y prevenirse. Eso es lo que significa ganar para muchas estrellas del deporte. Pero ahora rondaba los 40 años y, según los estándares del tenis, eso ya es ser más que 'viejo'. ¿Cuánto le quedaba por ganar?

Y ¿qué le quedaba más allá de su carrera tenística? ¿Podría conservar el estatus cultural y el poder que se había ganado? A tenor de sus incursiones en moda y negocios, de sus declaraciones en entrevistas y en redes sociales, parecía estar explorando nuevas opciones. Unas opciones más allá del tenis que no iban a estar vinculadas al tenis; más que las que tuvo alguien como, por ejemplo, Chris Evert al retirarse. El dinero y la presencia en redes sociales de Williams, su ambición y los cambios en el paradigma social y cultural de Estados Unidos podían dar fe de ello. No se iba a dedicar a entrenar o a montar una academia de tenis ni a ejercer de comentarista televisiva en Wimbledon. De poder conseguirlo, su futuro seguiría una línea más parecida a la de la estrella del pop nacida en Barbados y convertida en una autoridad del buen gusto mundial e icono de un estilo de vida, Rihanna.

En los últimos años Williams había declarado en alguna entrevista que le gustaría empatar o romper el récord de Margaret Court, que ganó 24 torneos de Grand Slam. Aquella era una razón para seguir adelante, incluso a una edad en la que la mayoría de tenistas de individuales deciden retirarse. Williams ganó su 23.º torneo *major* en el 2017, en Melbourne, venciendo con facilidad a su hermana mayor, Venus, en la final: 6-4, 6-4. Con aquella victoria superaba a Steffi Graf como líder en victorias de Grand Slam de todos los tiempos en la era Open: el récord auténtico para mucha gente del tenis. La era Open comenzó en 1968, cuando los campeonatos de Grand Slam por fin permitieron competir a los profesionales. Hasta 1968 los profesionales eran todos hombres y, en líneas generales, los mejores jugadores masculinos, la mayoría de ellos con contrato en una de las dos ligas. Los tenistas aficionados, o muchos de ellos, profesaban un esnobismo orgulloso ante el dinero, pero bajo mano aceptaban pagos para sus gastos de viajes y dietas. Billie Jean King y otras fueron las primeras mujeres que se convirtieron en tenistas profesionales con contrato cuando en la primavera de 1968 se creó una pequeña sección femenina en la Liga Nacional

de Tenis. El calado del tenis femenino en los años anteriores a la era Open no tenía nada que ver con lo que vino después, a partir de los años setenta y ochenta: el dinero atrajo el talento. Como resultado, Steffi Graff tuvo una competencia mucho más dura que Margaret Court, la cual, además de acumular todos sus triunfos en el Open de Australia en una época en la que las grandes jugadoras se saltaban aquel torneo, ganó casi todos sus títulos antes de la era Open. Por eso algunos periodistas y aficionados consideran el récord de los 22 títulos de Steffi Graf de la era Open la cifra a batir, algo que Williams logró en Melbourne en el 2017. Graf, la deslumbrante alemana que perfeccionó el juego potente desde la línea de fondo que después las hermanas Williams controlaron y ensalzaron, dominó el tenis femenino desde finales de los años ochenta y durante la década de 1990. Se retiró en 1999 y entonces era razonable pensar que el tenis femenino nunca iba a volver a ver a una jugadora como ella. Hasta que apareció Serena Williams.

La victoria de Serena ante Venus en el Open de Australia del 2017, además de suponer su 23.º gran título, la devolvió al n.º 1 del *ranking*. Tenía 35 años y era la mujer de mayor edad en alcanzar el n.º 1. Sin embargo, la auténtica noticia se reveló unos meses después con una foto que Williams compartió queriendo o sin querer en Snapchat, ataviada con bañador amarillo y posando de perfil: estaba embarazada. Había estado jugando durante ocho semanas en Melbourne sabiendo que estaba embarazada. Ella y Ohanian, entonces su novio —fundador de la plataforma Reddit e *influencer* del sector tecnológico—, iban a tener un bebé en septiembre. Desde el principio parecía claro que Williams quería disfrutar de su nuevo papel de madre y también parecía claro que sabía que ser madre realzaría, profundizaría, complicaría y podría malograr el reto de conseguir su próximo gran título o los que vinieran. Aquel cambio vital, además, atraería una atención renovada y magnificada por su persona, por la historia de Serena Williams y, en un momento en el que los retos de las madres trabajadoras formaban parte del tema político-cultural, añadía una nueva dimensión a su estatus como icono pop: ¿sería capaz de ganar otro Grand Slam como madre?

4

En un partido de semifinales femenino del US Open del 2009, Serena Williams jugó contra la increíble Kim Clijsters. Williams perdió el primer set y, después, cuando iba perdiendo 5-6 en el segundo y servía, le señalaron una falta de pie en el segundo servicio. Una falta de pie —cuando el pie de quien sirve pisa, aunque sea por milímetros, la línea de fondo desde la cual sirve antes de completar el saque— es como cualquier otra falta en el servicio: si se señala en el segundo servicio, el resultado es la pérdida del punto. La falta de pie de Serena situó el marcador en 15-40. Williams creía no haber cometido falta; el ojo de halcón de la pista del Arthur Ashe Stadium no registraba las faltas de pie, así que no pudo apelar. Furiosa, amenazó con meterle una pelota de tenis «en la jodida garganta» a la juez de línea que señaló aquella falta dudosa. Aquello le valió un punto de penalización instantáneo por parte del árbitro de silla, con lo cual perdió el juego y, de forma increíble, también el partido (después Williams recibió una multa de más de 80 000 US\$ por amenazas a la juez de línea, Shino Tsurubuchi). El incidente se convirtió, junto con los numerosos aplazamientos por lluvia y la derrota de Roger Federer ante Juan Martín del Potro, de 20 años, en la final masculina, en lo más recordado de aquel 2009 en Flushing, Queens.

Pero aquel día también había otra historia digna de mención al otro lado de la red. Clijsters, de 26 años, acababa de regresar al circuito femenino tras dos años de ausencia. Se retiró del juego para tener un bebé y, tras jugar un partido de exhibición, decidió volver a competir en serio. Alejada del Top 100 del *ranking* debido a su larga baja por maternidad, logró entrar en el Open gracias a una tarjeta de invitación, un pase que los responsables de Grand Slam suelen ofrecer a los jugadores veteranos que regresan tras una lesión o a las grandes promesas adolescentes para que se incorporen al circuito. Tras su victoria frente a Williams, Clijsters siguió adelante y ganó el US Open. Su angelical hijita Jada daba pasitos por la pista durante la entrega de trofeos. Aquello fue muy especial: Jada en brazos de su madre, que a la vez sujetaba el enorme trofeo. «Hemos retrasado un poco la sies-

ta de Jada para que pudiera estar aquí esta noche», dijo Clijsters en la entrevista a pie de pista, y el público rio encantado.

Solo otras dos mujeres antes que Clijsters habían ganado torneos *major* en la era Open después de haber sido madres. La gran jugadora australiana de origen aborigen Evonne Goolagong ganó dos: el Open de Australia en 1977, siete meses después de tener a su hija Kelly, y después Wimbledon, en 1980. Margaret Court ganó tres *majors* después de ser madre. Allí estaban, tres mujeres que habían ganado grandes títulos siendo madres. ¿Sería Williams la cuarta cuando regresara al tenis en el 2018? ¿Podría ganar un Grand Slam siendo madre? No iba a ser fácil. Court y Goolagong, como Clijsters, tenían veintipocos años cuando fueron madres. Williams iba a ser una madre mayor, rozando los cuarenta, e iba a volver al tenis siendo mayor que ellas.

Cualquier reto auténtico conlleva amenaza y vulnerabilidad. «Cuando supe que estaba embarazada, pensé: “Dios mío, ¿cómo voy a jugar?”», dijo ante la cámara casi al comienzo de su serie de cinco capítulos para HBO, *Being Serena*. Este es documental a medida pero muy revelador y también muy conmovedor, ideado por la propia Williams y producido, en colaboración con HBO, por la división de contenidos propios de IMG, la empresa de gestión de talento propiedad de William Morris Endeavor donde trabaja Jill Smoller, la agente de Williams. Los creadores de *Being Serena* empezaron a trabajar en el documental poco después de que se conociera su embarazo, en el 2017, y la serie se estrenó en primavera del 2018, cuando Serena regresó al circuito. «¿Cómo voy a jugar?» Si uno ha leído las memorias de atletas que se enfrentan a las dudas del final de su carrera; hablado con algún grande del tenis, y si ha pasado tiempo cerca de Serena Williams, no es exagerado interpretar aquella expresión nostálgica como: ¿recuperaré algún día mi forma de campeona después de tomarme un tiempo, a los 36 años, para tener un bebé? O como: ¿tendré tiempo para entrenar todo lo que necesito cuando haya tenido el bebé y pueda volver a entrenar, para volver a ser buena y ganar torneos? Y como: ¿aguantaré el desgaste del circuito de tenis, aunque lo limite a los torneos de Grand Slam y algún otro, con un bebé? O: ¿puedo ganar uno o dos *majors* más? Y, si no puedo, y si no juego al máximo nivel, a nivel de campeonato, ¿cómo me

lo voy a tomar? Y, finalmente: si no soy capaz de entrenar o aguantar el ritmo del circuito con una hija, de recuperar mi grandeza, ganar un *major* o soportar no ser la mejor, ¿qué va a ser de mí?

Básicamente, lo que Williams decía entre líneas, de modo revelador y conmovedor, aunque no siempre quisiera admitirlo, era que tenía miedo. Y eso era algo que Serena Williams no quería expresar.

«¿Cómo voy a jugar?» Cuando vi y escuché a Williams decir eso, me vino a la mente este fragmento de la novela de Joan Didion, *Según venga el juego*: «Algo real estaba ocurriendo: esta era, por así decirlo, su vida. Si podía tenerlo presente, podría jugarla, hacer lo correcto, lo que sea que eso signifique».

En mayo del 2018, cuando se emitía *Being Serena*, no estaba del todo claro cómo iba Williams a lidiar con todo aquello. Lo que parecía claro es que muchos fans y mucha otra gente a la que no le interesaba demasiado el tenis querían que lo lograra. Cuando el miedo acecha a una persona considerada como la encarnación de la valentía de los gladiadores, la presión es mucha. La maternidad de una celebridad también parecía presionarla. La idolatría por las estrellas, como descubrió hace años la revista *People*, y como Instagram ha magnificado exponencialmente en el ámbito digital, se dispara ante la perspectiva de una boda, una ruptura o un embarazo. Una nueva ola de atención, devocional y febril, creció en torno a Williams la primavera del 2018, cuando regresó al tenis y habló de convertirse en madre en el documental de HBO.

5

Durante su embarazo, en primavera y verano del 2017, solo tuvo problemas de ardor de estómago. Hizo los ejercicios de respiración y se preparó para el parto con una doula. Todo eso era del dominio público. Allí estaba ella, sana y visiblemente embarazada, casi desnuda, en la portada de *Vanity Fair* de agosto del 2017. Poco después se supo que reservó una planta entera del St. Mary's Medical Center en West Palm Beach, Florida, para dar a luz a su hija el día 1 de septiembre en un parto programado.

Y, entonces, todo lo que pudo salir mal, salió mal. Williams llevaba casi catorce horas de parto y empezaba a tener contracciones cuando el ritmo cardíaco del bebé empezó a decaer. Le hicieron una cesárea de emergencia. Para la intervención dejó de tomar los anticoagulantes que tomaba desde que sufrió una embolia pulmonar en el 2011. El día después de la cesárea empezó a sentir que le faltaba el aire y temió que se le estuvieran formando trombos en los pulmones otra vez; un temor que expresó a sus médicos, los cuales, como ella contaría después, al principio no la creyeron. Esto es una realidad documentada por muchas mujeres que dan a luz, sobre todo mujeres negras (en Estados Unidos una mujer negra tiene entre tres y cuatro veces más posibilidades de morir en el parto que una mujer blanca). Finalmente los médicos accedieron a hacerle una tomografía, que reveló que Williams tenía razón: tenía trombos en los pulmones. Le pusieron un tratamiento anticoagulante al que respondió bien, pero que le provocó una hemorragia en la incisión de la cesárea. Tuvo que someterse a tres operaciones posparto antes de poder abandonar el hospital y luego tuvo que pasar varias semanas en cama recuperándose.

Ella y Alexis Ohanian se casaron en noviembre del 2017, en Nueva Orleans, donde alquilaron el Contemporary Arts Center para la ocasión. La decoración estaba inspirada en *La bella y la bestia*, aunque nadie explicó el porqué. Los invitados, entre los que estaban sus amigas Kim Kardashian, Eva Longoria y Beyoncé, así como Jay-Z, sentados en varios sofás, vieron a Williams desfilar hacia el altar con un vestido de novia blanco diseñado por Sarah Burton para Alexander McQueen. Todo aquello fue noticia entre las celebridades. Un mes después jugó su primer partido de tenis tras haber dado a luz a Olympia. No era un partido oficial, sino un partido de exhibición en Abu Dabi. Estrellas como Williams pueden ganar cientos de miles de dólares, quizá hasta un millón de dólares o más por una o dos horas que dedican a jugar lo que viene a ser un partido de entrenamiento glorificado, un partido de exhibición. Williams perdió ante Jelena Ostapenko, una tenista letona de 20 años que la primavera anterior, sin ser cabeza de serie y apenas conocida, había ganado Roland Garros. Williams sabía que no es-

taba lista para jugar en serio y descartó el Open de Australia al mes siguiente.

Regresó al circuito en marzo del 2018, en Indian Wells, en el desierto de California, con un considerable sobrepeso debido a la maternidad, bastante más lenta y con problemas en el juego de piernas, en especial al cambiar de dirección. Sirvió bien, pero lanzó golpes de fondo a diestro y siniestro. Al perder en tercera ronda contra su hermana Venus cometió 41 errores no forzados en dos sets. Y la cosa fue a peor. A la semana siguiente perdió en Miami contra una joven fenómeno japonesa, Naomi Osaka, en primera ronda y en dos sets. En Roland Garros —que comenzó justo después del estreno de *Being Serena*, cuando los fans descubrieron lo sucedido durante el parto y su posterior recuperación— se vio obligada a retirarse por una lesión en el pecho. Mejoró en el siguiente torneo, Wimbledon, el más prestigioso de los Grand Slams, donde ya había ganado en siete ocasiones. Llegó a la final y tuvo la primera oportunidad para ganar su 24.º gran torneo, pero perdió en dos sets contra la alemana Angelique Kerber, una zurda con una defensa implacable que ya había frustrado el juego Williams en el pasado. Pese a que Williams no tuvo que enfrentarse a ninguna jugadora del Top 10 hasta la final, y pese a que a veces se veía lenta y ahogada, se marchó de Londres habiendo llegado a la final de un Grand Slam. Si estaba sufriendo, no se notaba.

Pero pronto iba a notarse. De vuelta a Estados Unidos para el mes de torneos sobre pista dura que conducían al US Open al final del verano, el último *major* del año, participó en el Silicon Valley Classic, en San José. En la primera ronda, contra la británica Johanna Konta, que llevaba una temporada desastrosa, Williams sufrió la derrota más desigual de su carrera: solo ganó un juego. Después declaró que, antes de salir a pista, supo que había salido en libertad el asesino de su hermanastra mayor, Yertunde, muerta de un tiro en el 2003 mientras charlaba con su novio en un todoterreno aparcado frente a una casa de Compton donde se vendía *crack*. El asesino era un miembro de una banda que vigilaba el edificio. Williams se retiró del siguiente torneo en el que iba a jugar, en Toronto. Después declaró a la revista *Time* y en redes sociales que sufría una depresión posparto. En

Instagram aseguró que no se sentía buena madre, pero que comprendía que era «totalmente normal sentir que no estoy haciendo lo suficiente por mi bebé». Si Williams sufría, física y emocionalmente, por ser la madre de un bebé y aquello generaba dudas sobre su capacidad para ganar otro Grand Slam, el interés por su persona no había disminuido ni un ápice. Williams forjaba y compartía el relato de la sufrida madre trabajadora en Instagram, en la televisión por cable y en todas partes, y era tan forzado como todo lo que hacía.

6

Serena Williams tiene el saque más bonito del tenis: estéticamente agradable, suave y aparentemente fácil, con la pelota deslizándose ligera por la punta de los dedos de la mano izquierda de una tenista cuyo juego no tiene nada de suave. Bonito, también en el sentido funcional de cómo debe ser un saque al máximo nivel del juego, lo cual se reduce a consistencia y funcionalidad.

Casi todos los humanos tenemos una mano y un brazo dominantes. A la mayoría de tenistas les enseñan a servir con esa mano y ese brazo, de modo que al sacar lanzan la pelota con la mano y el brazo no dominantes. Como resultado, cada punto en un partido de tenis empieza con el tenista confiando en la mano y el brazo con los que, de otro modo, no efectuaría ningún movimiento clave. Esa mano y ese brazo secundarios e infrautilizados mecen la pelota con delicadeza, sujetándola con todos los dedos; el brazo se estira con firmeza, el antebrazo gira un poco (sin intensificar el agarre de la pelota) y el codo se bloquea. Entonces, con el hombro y no el brazo —un movimiento totalmente antinatural— el tenista eleva con calma y sin interrupción esa extremidad que rara vez usa hasta la altura de los ojos (mientras hace un montón de cosas con la mano y el brazo dominantes, las piernas y la espalda) y suelta la pelota con una fuerza relajada pero controlada, de modo que alcanza poco a poco y con precisión la altura necesaria para encontrarse con la raqueta, totalmente extendida.

Y esto Serena Williams lo hace mejor que cualquier otro tenista, incluidos Roger Federer y el resto de jugadores masculinos.